

Como cualquier taxista, soy de fijarme en la pinta del pasajero. A pesar de que debí subirme al taxi hace apenas un año y pico, después de largar Sociales, los conozco hasta por la manera de ubicarse en la vereda y todo. Hasta por cómo sacan la mano para pararte, los conozco. Sé de la alienación en las grandes urbes. Pero nunca me imaginé lo que me esperaba ese domingo de neblina, a las ocho y pico de la mañana, llevando de Palermo Soho a Núñez a ese facho de mierda. Y mucho menos imaginé lo que me pasaría más tarde, al volver a casa.

—Muy buenos días —me dijo el tipo no bien entró en el tacho, y eso me llamó la atención: hoy ya nadie saluda, y menos diciendo “Muy buenos días”. Más que llamarme la atención, ese saludo insólito me puso sobre aviso: los únicos que te saludan con tanta gentileza son los chorros. Pero, visto por el retrovisor —leí BERSA, al revés, en la frente de la gorra; la visera prácticamente le cubría los ojos—, ese pelirrojo cincuentón de barba perita entrecana no tenía pinta de delincuente ni mucho menos. Por eso lo levanté, maldita sea, aun cuando me puso en alerta verle de lejos la gorra: a una cuadra, lo había tomado por un viserita.

—Llévame, por favor... —dudó el tipo después que le correspondí el saludo, y se acomodó al lado la mochila verde oliva, bien de combate, y cerró la puerta y le puso la traba—. ¿Podrías bajar un poco la radio, vos que tenés cara de inteligente? Llévame al Tiro Federal.

Tiro Federal, me dije. Y me pregunté si el tipo estaría calzado o tendría el arma —o las armas— adentro de la mochila. Por la pinta de milico retirado, seguramente la portaba en algún bolsillo del camperón negro. Lo miré de nuevo por el retrovisor, y sin contestarle bajé la radio apenas: no pensaba perderme Suburban Nature, de Sarah Jaffe.

Él no acusó recibo. Con una sonrisa me preguntó si podía indicarme “la ruta”.

—Dispare nomás —le dije, y el semáforo de Borges y Paraguay se puso en verde y arranqué.

—Dispare nomás —dijo moviendo la cabeza—, qué buen sentido del humor. —Hablaba siempre con esa sonrisa—. Disparo entonces: no bien puedas, tomás Santa Fe, entrás en la Luis María Campos, doblás en Olleros, y ahí derecho a Libertador. Agarrás el túnel, y en tres minutos estamos en el Tiro.

—Se va a mandar unos tiritos —dije, tratando de sonar natural, y ni siquiera sé por qué

se lo dije, si a mí las armas me ponen muy nervioso. Por qué no habré seguido de largo, la puta que me parió.

—Más que mandarme unos tiritos, hoy tengo torneo. Por eso te canté el camino, para llegar lo antes posible. —Al decir esto, estiró la mano entre los dos asientos de adelante y quiso mostrarme una ruta marcada en el GPS. De reojo vi todo. Y el tipo andaba con un iPhone.

Tomé por Charcas, y cuando estaba por llegar a Godoy Cruz vi a veinte metros a dos chabones bardeando a una mina con pinta de dominicana. Medio que la estaban empujando. El tipo también los vio, porque se pegó a la ventanilla. Eran dos de esos pendejos que a esa hora salen dados vuelta de los boliches. Desde adentro del coche se les olía la baranda a marihuana y vómito de alcohol. La pobre negra se veía aterrorizada. Ya casi los dejábamos atrás, cuando el tipo dijo:

—Frená acá. Arrimate al cordón y frená acá. Y me apagás la puta radio.

—Ni en pedo —le dije alzándome de hombros—. Están pasados de droga esos tipos.

—Vos parás acá, flaco —lo dijo con un tono de mando tan terminante que no pude más que aminorar la velocidad, hasta parar el coche del todo. Y apagué la radio. Por el espejo de la derecha vi que los dos tipos nos miraban como a quienes vienen a arruinarles la fiesta —en la calle no había ni los perros—. Y la negra se nos vino trotando, con los dos perseguidores atrás, y con los tacones altos dificultándole la carrera—. Ahora retrocedé —siguió ordenándome el tipo, y fue abriendo la puerta a medida que yo iba reculando. Cuando llegó a nosotros, la dominicana se tiró adentro del taxi, el tipo poniéndose de costado para dejarla pasar. Y estaba él por cerrar la puerta cuando uno de los dos pibes, el más adelantado, se lo impidió con un manotazo de borracho.

—Qué te pasa, viejo puto —dijo el pibe, y sacó una navaja que se abrió con un clic.

—Esto me pasa —dijo el tipo, y en medio segundo apuntó al pendejo con el arma más enorme que yo había visto en toda mi vida. Si la sacó del camperón o de la mochila de combate, no puedo asegurarlo. Lo que sí puedo asegurar (vi todo por la puerta, que quedó abierta) es que al pibe se le puso a temblar la mano del cuchillo, y el cuchillo cayó a la vereda. Sin dejar de apuntarlo, el tipo se bajó del taxi, levantó la navaja, la puso en ángulo contra el cordón de la vereda, y con el taco del borcego le partió la hoja. El pibe no quería más: pegó media vuelta y se puso a correr atrás del compañero, que ya había llegado a la otra esquina. Yo metí la primera y doblé hacia Santa Fe.

La dominicana —una hembra de la gran puta, puro culo y tetas desbordándole la ropa—, no sabía cómo agradecerle a aquel justiciero. El tipo le explicó lo mismo que me había dicho a mí, aunque explayándose un poco: tenía un torneo de Tiro Práctico

de Pistola, y ahora estaba con los minutos contados. Y la convenció de que lo acompañase, le dijo que él la hacía entrar en el club como invitada.

—Para que tomes un poco de aire, piba. Después te llevo a tu departamento. ¿Vivís sola?

Demasiado rápido agarró viaje la negra, y ahí me cerró lo que yo venía pensando desde que terminó todo: la negra era una prostituta, de esas dominicanas que se pueden alquilar por Plaza Once. El tipo se había jugado por una puta.

Pero no había terminado todo. Pensando en eso estaba, cuando me di cuenta de que no tomé por Olleros. Chau túnel, chau llegar a tiempo al Tiro. Porque había pasado de largo incluso Lacroze, y no me quedaba otra que agarrar La Pampa. La barrera de La Pampa.

—Cierto que me dijo Olleros —dije, a modo de disculpa.

Y entonces el tipo dijo, con el más serio y amenazante de los tonos:

—Rogá que no esté la barrera baja, flaco.

La negra lo miró admirativa. Y me da vergüenza recordarlo: imaginar lo que podría pasarme me hizo soltar un chorro de orín; siempre había visto eso en las películas, jamás lo había vivido.

Pero la barrera no estaba baja, gracias al destino o a quien fuese.

Llegamos al Tiro. El tipo me pagó con una buena propina.

—Vamos a hacer una cosa —dijo antes de bajarse, y la negra lo escuchaba muy atentamente, y yo más todavía—. ¿Ves esto que tenés acá? —Alargó el brazo y sacó del tablero un volante que yo había prendido la semana pasada en el broche de ventosa. Era la foto de una mujer con los ojos en compota y la nariz quebrada, y la imagen iba cruzada por la frase #NI UNA MENOS—. Tomá, cagón —dijo entregándomelo—. Vos mismo, delante de nosotros dos, vas a partir este papelito en mil pedazos y te lo metés bien en el bolsillo hasta que encuentres un tacho de basura. Y apurate, que todavía estoy en hora para tirar el torneo. Es eso, o te lo hago comer.

Meado mal, y después de haber obedecido una vez más a aquel hijo de puta, no tuve otra que mandarme a casa.

Martha se sorprendió al verme volver a esa hora: yo le había dicho que tenía pensado laburar hasta la noche.

—¿Qué te pasó en el pantalón, Ernesto? —fue lo primero que me dijo, con tono de preocupación—. No me digas que otra vez te volcaste el café encima.

Y en lugar de contestarle le encajó un bife que le dio vuelta la cara. Es difícil sacarse de encima el olor a facho.